

INSTANTES QUIMÉRICOS

JULIANA MESA MEJÍA



Eddier Tálaga Londoño
Todavía se puede soñar
Editorial Clave, 2019

Todavía se puede soñar, del maestro Eddier Tálaga Londoño, es una compilación de sus obras precedida por tres prólogos (Reinaldo Spitaletta, Hernán Quiroz, Eufasio Guzmán Mesa) y acompañada con varias notas introductorias de Ana Eugenia Estrada Londoño. Las obras de Tálaga, divididas en cuatro ciclos (“Mujeres de la noche”, “Los niños trabajadores”, “Los niños de los pobres”, “Esculturas” y “Otras obras”) son fruto de un “observador sensible” (p. 8) de la cotidianidad urbana. Con un estilo “amable y poco austero en color” (p. 9), reconstruyen, en medio de una gran sencillez, historias de vida atravesadas por la sordidez y el dolor.

Las obras compiladas y los comentarios que la acompañan plantean una clara distinción entre experiencia artística y obra de arte. En la primera se acumula el deseo y la ineludible defensa del actuar dentro y con el arte. En la segunda se espera una posibilidad de transformar al espectador mediante un llamado contundente y sobrecolector. Sabemos que en *Todavía se puede soñar* se ha librado una batalla y se ha afirmado el valor de la vida. Cambiando cuadernos y juguetes por betún

y cepillos, el niño Tálaga descubrió la pintura y se aferró a ella como a un salvavidas del espíritu.

En la experiencia artística de Tálaga quedaron grabadas las escenas, los ambientes y los personajes de una Medellín ignominiosa que en muchos aspectos se resiste a cambiar. Sus obras muestran una cotidianidad que duele, inquieta y molesta. El artista pone en contraste la normalización de la violencia, que se vuelve relieve, y la esperanza sin rostro. *Todavía se puede soñar* es la transformación de una pesadilla en una defensa del descanso y del sueño. El paso de la muerte a la pintura habla de la defensa de la vida. Sus cuadros, grabados y esculturas enseñan una realidad trágica que no se puede esconder pero que se puede superar. El pintor que padece la realidad, la estudia, la viaja en sus noches y sus días y la reelabora. El estilo y el color son, en este sentido, fieles a una denuncia y a una aguda radiografía social.

En esta muestra, el ser humano anónimo siempre es el protagonista: los nadie, los marginales, los que sobran, los invisibles. La desazón de los niños trabajadores y de las prostitutas obsesionan al artista. Los “andenes de calles bulliciosas o bares apenas iluminados y de ambientes cargados de humo son los escenarios” (p. 19) del horror que atraen la memoria del pintor. En las setenta obras de *Todavía se puede soñar* se observa un arte personal e intuitivo en donde predomina la expresión dolorosa de la vida nocturna, de las calles. La fuerza conceptual y expresiva se plasma a través de los colores opacos, las luces débiles, los ambientes sórdidos y empobrecidos, en los volúmenes y las perspectivas poco exactas, las texturas y las formas, los rostros expresivos y las composiciones agresivas, cuyo fin es potenciar el desagrado en el espectador.

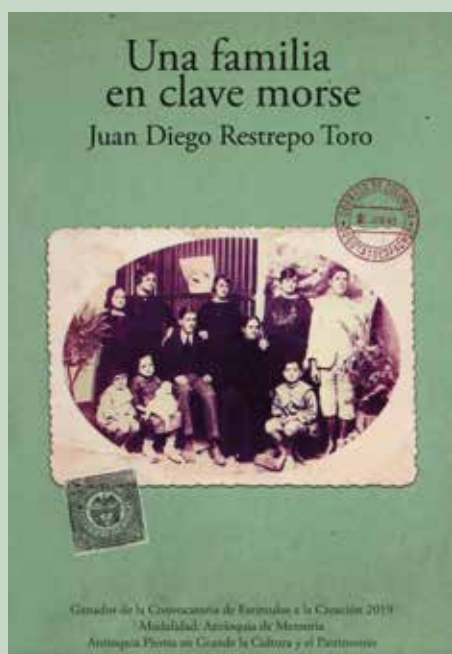
En “Los niños trabajadores” aparece con insistencia la caja del lustrador. Quiere interrogarnos sobre la permanencia de una jerarquía social en la cual el pintor y el embolador coinciden en la rutina excluyente. Hay soledad y miseria en la infancia, antes que alegría y juego. En “Los niños de los pobres”, destaca la escultura ensamblada en la Plazoleta de la Universidad de Antioquia en el 2014. Tres figuras dialogan en silencio, sin rostro ni palabra: dos niños trabajadores y una dama de la calle. La humildad desgarrada del vestuario intensifica la indefensión del ser y el hambre del cuerpo.

En la ausencia de expresión de los personajes habita una forma de la resignación ante un mundo que los invisibiliza. *Todavía se puede soñar* es una consigna política del artista que hace un homenaje a sus hermanos fallecidos, a su madre, a los desplazados por la violencia, a los habitantes de la calle. En esta experiencia artística se fraguan abismos y esperanzas. U



De la serie *Los niños de los pobres*.
Plazoleta Universidad de Antioquia, 2014

C·O·N·V·E·R·S·A·C·I·Ó·N SEDNEY S. SUÁREZ GORDON



Juan Diego Restrepo Toro
Una familia en clave morse
Sílabas editores, 2019

Una familia en clave morse es el ganador de la convocatoria de estímulos a la creación 2019 Modalidad: Antioquia Piensa en Grande la Cultura y el Patrimonio. Se trata de un tejido de testimonios y exploraciones sobre la historia del telégrafo en Antioquia y el oficio del telegrafista, pero basado en la memoria familiar. Es la historia de siete hermanos, entre ellos la bisabuela del autor, Mamalola, que “fueron telegrafistas en distintos pueblos de Antioquia y Chocó durante el siglo xx” (p. 13). La llegada del telégrafo cambió la forma y el vehículo de la comunicación en todo el globo, pero también la vida íntima de una familia, los Trujillo Cossio.

La historia del telégrafo, hoy sustituido por el teléfono móvil, parece irrelevante. Aunque ahora nos resulta parte del paisaje, la comunicación por cables trajo nuevas formas de asombro, de extrañamiento ante lo milagroso que puede parecer dar cuenta de la vida a kilómetros de distancia. Para nada nos sorprende enviar un mensaje que cruce el océano, no nos parece mágico, ni mucho menos el acto de una fuerza superior. Antiguamente los ciudadanos de a pie desconocían la técnica y su funcionamiento “era un misterio, una forma de telepatía, el tejemanaje del diablo” (p. 26).